

## CAPÍTULO VIII

VISITA DEL P. NADAL

1561-1562

SUMARIO: 1. Desavenencias de San Francisco de Borja y del P. Araoz en el gobierno de la Compañía.—2. Para componerlas y para uniformar el modo de proceder en todas las casas de la Compañía, es enviado el P. Nadal, con el título de Comisario ó Visitador universal de todos los jesuitas de Europa.—3. Llega á España, promulga los casos reservados en Alcalá y arregla dos negocios enojosos en Cuenca.—4. Su entrevista con Felipe II y otras personas principales.—5. Dirigese á Oporto, donde estaba San Francisco de Borja, y empieza la visita por el colegio de Monterrey.—6. Visita el colegio de Coimbra, y después el de Lisboa y el de Évora.—7. Entra en España por Octubre de 1561.—8. Obstáculos para la visita por parte del Rey y del Consejo Real.—9. El P. Nadal en Alcalá: sus conflictos con Rui Gómez. Conducta ambigua del P. Araoz en todo este negocio.—10. Visita Nadal rápidamente los principales colegios de Castilla y Toledo, pero no le permiten visitar las provincias de Aragón y Andalucía.—11. Divide la provincia de Castilla en dos, que llevan los nombres de Castilla y Toledo.—12. Nombra nuevos Provinciales y Comisario al P. Araoz.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Epistolae P. Nadal*.—2. *Regestum Lainez*.—3. *Epistolae P. Francisci Borgiae*.—4. *Epistolae Hispaniae*.

1. Desde Diciembre de 1556 había perseverado en Roma el P. Jerónimo Nadal, sirviendo á la Compañía en dos cargos importantísimos, pues era á la vez Asistente del Norte y superintendente del colegio romano. Por los años de 1559 suscitóse la idea de enviarle á España, con el carácter de Visitador. En alguna carta á San Francisco de Borja debió el P. Polanco soltar la especie, para ver, sin duda, qué tal caía. El santo se apresuró á aprobar la idea, y en carta al P. Laínez, de 8 de Setiembre de 1559, se expresa así: «Acerca de la venida del P. Mtro. Nadal, se me ha ofrecido representar á V. P., como otras veces lo he hecho, que me parece muy importante para el visitar los colegios y dar orden en ellos del modo que se ha de tener, guardando el de Roma, y para comenzar á introducir las determinaciones de la

Congregación» (1). Á las representaciones del santo respondió Laínez en estos términos: «La ida del P. Nadal á España, nunca la he pensado ni dicho de veras, sino que una vez lo decía claramente burlando, y con esta ocasión debió escribir el P. Polanco alguna palabra» (2).

Aunque por entonces no pensara en esto el P. Laínez, sin embargo, en todo el año siguiente, 1560, cuando fué considerando así el incremento de la Compañía, como los peligros que la amenazaban dentro y fuera, se fué convenciendo de la necesidad que había de enviar un Visitador, no sólo á España, sino á toda Europa. En sus *Efemérides* explica el mismo P. Nadal los motivos que en España reclamaban la presencia de un Visitador. El principal era la diversidad de juicios que había entre San Francisco de Borja y el P. Araoz, Provincial, acerca del gobierno de la Compañía.

En dos puntos principales discrepaban estos dos célebres superiores. El P. Araoz, para la más exacta observancia regular y para cumplir más dignamente los ministerios de la Compañía, juzgaba que no se debían abrir tantas casas y colegios, sino contener el vuelo de las fundaciones, y tomando menos trabajo, desempeñarlo mejor. San Francisco de Borja, por el contrario, propendía á trabajar todo lo posible, era fácil en admitir colegios, y no hallaba inconveniente en que fuesen algo cortas las rentas, y en que los Nuestros experimentasen los efectos de la santa pobreza, esperando que Dios proveería por un camino ó por otro en los casos apurados. El segundo punto de discrepancia consistía en que el santo Borja miraba con predilección al colegio romano y se interesaba por los negocios de la universal Compañía, y, por consiguiente, así como buscaba limosnas para aquel colegio, así daba de buen grado sujetos españoles que trabajasen en la viña del Señor en Francia, Italia, Alemania y otros países. El P. Araoz, por el contrario, encariñado con su España y atento á lo que se decía y hacía en la corte de España, no quisiera soltar los buenos sujetos que podían lucir en España, ni se afanaba por buscar dinero para enviarlo á Roma (3).

Hasta aquí la diversidad de pareceres no envolvía culpa ninguna.

(1) *Epist. S. Franc. Borgiae*. Medina del Campo, 8 de Setiembre de 1559.

(2) *Epist. P. Lainez*. Roma, 26 de Setiembre de 1559.

(3) Para entender estas diferencias, léase *Epist. P. Nadal*, t. II, en las pp. 42 y 66, y además varias cartas de Padres españoles esparcidas en la colección *Epist. Hisp.* De estos documentos sacó el P. Sacchini la clara y exacta exposición de este negocio, que nos presenta en *Hist. S. J.*, P. II, l. IV, n. 184-188.

Aunque cada cual extremase sus opiniones, y por esto se desviase en algo de lo justo, ambos buscaban sinceramente la mayor gloria de Dios. Pero por desgracia, con la diversidad de juicios juntóse en el P. Araoz algún desvío hacia el santo, que es difícil excusar de toda culpa. Quejábase de que el Comisario lo hacía todo, y él no tenía sino un vano título de Provincial. No sólo se quejaba de esto, sino que, afligido por algunas cosas en que el santo le había amonestado, se retiró casi enteramente del gobierno de la Compañía, dejando al otro que lo hiciera todo por sí. Esta diversidad de juicios se hizo sentir, no sólo entre los jesuitas, sino también en la corte y entre los seglares. Como era de temer, empezaron á formarse dos como partidos, declarándose unos por el P. Araoz, y otros por San Francisco de Borja (1).

2. Á estas necesidades de la Compañía en España se añadían otras de la provincia de Portugal, donde los colegios de Coimbra y Évora reclamaban también alguna reforma y arreglo. Finalmente, la razón y el fin supremo que se propuso Laínez en esta visita de Nadal, fué el uniformar en todo lo posible la Compañía universal, haciendo que todas las casas y colegios se amoldasen á las Constituciones escritas por San Ignacio y caminasen á la par en la prosecución de nuestro fin. Venía á España el P. Nadal, como escribía el P. Polanco al P. Antonio de Córdoba, «para cumplir con el intento de nuestro Padre, de procurar que en todas partes *idem sapiamus, idem dicamus omnes*» (2).

Por eso se revistió al Visitador de las mayores facultades que jamás se han concedido á Visitador alguno de la Compañía. Podía admitir ó desechar colegios, erigir nuevas provincias, dividir las existentes, poner y quitar Provinciales, y, lo que es más curioso, podía interpretar auténticamente las cartas que el P. Polanco escribiera por comisión del P. Laínez (3). Se ve, pues, que el P. Nadal era como un P. General ambulante. El Papa Pío IV, después de darle su bendición, le dió cartas de recomendación para Felipe II.

3. Salió de Roma el P. Visitador, llevando por compañero al H. Diego Jiménez, el 18 de Noviembre de 1560. Larga y penosa fué la navegación. Después de correr muchos peligros en las costas de

(1) *Videbatur quasi schisma quoddam, hinc Araozius, inde P. Franciscus.* (*Epist. P. Nadal*, t. II, p. 67.)

(2) *Regest. Lainez Hisp.*, 1559-1564, p. 245.

(3) *Dedit facultatem ut quas litteras ex commissione scriberet Polancus, possem ego interpretari.* (*Epist. P. Nadal*, t. II, p. 67.)

Francia, tomó puerto la nave en una entrada que hace el mar entre Cadaques y Rosas, la noche del 28 al 29 de Diciembre. Saltaron en tierra Nadal y Jiménez, y habiendo buscado un esclavo que les llevase sus hatillos, dirigiéronse á pie hacia Rosas, que les dijeron distaba una legua; «mas la legua, dice Nadal, era tan catalana, que con salir á las ocho de la mañana, era cerca de vísperas cuando llegamos á Rosas» (1). De allí pasaron á Gerona, donde visitaron al señor Obispo D. Arias Gallego, de quien fueron muy bien recibidos. El buen abad Antonio Agullana, que andando el tiempo nos había de fundar un colegio en Gerona, proveyó al P. Visitador y á su compañero de buenas cabalgaduras, y en ellas caminaron cómodamente á Barcelona, donde entraron el día primero de 1561 (2). Nada hizo allí el P. Nadal como Visitador, pues tenía prisa de llegar á Castilla y verse, ante todo, con el P. Araoz y con San Francisco de Borja.

Por eso se encaminó desde luego al colegio de Alcalá. Allí encontró al P. Araoz, con el cual conferenció largamente (3). Escribió además á San Francisco de Borja, para que ó se viniese á Castilla ó le dijese, si él se adelantaría hasta Oporto. Mientras llegaba la respuesta del santo, promulgó en Alcalá el P. Visitador los casos reservados de la Compañía (4), é hizo una excursión á Cuenca adonde le llamaban dos negocios algo embarazosos.

Era el primero la dotación de aquel colegio, que deseaba suministrar el canónigo Juan de Marquina. Hasta entonces habían vivido los Nuestros en el edificio que les había construído Pedro del Pozo, como vimos en el tomo anterior, pero sin ninguna renta fija, sustentándose solamente con las limosnas que recogían de varios bienhechores. El buen Marquina, que había conocido en Roma á San Ignacio, se movió, principalmente por este respeto, á dotar el colegio de Cuenca y terminar lo que faltaba en el edificio. Pero como es tan frecuente entre los hombres mezclar con las inspiraciones de Dios las ideas y juicios propios, el buen canónigo, al querer dotar nuestro colegio, exigía de los jesuitas algunas condiciones contrarias á nuestro instituto. «La primera vez que le hablé, escribe el P. Nadal, me dijo la puridad de su intención, y dióme un escrito que me pareció tan mal, que dije á los Nuestros que no había cosa

(1) *Epist. P. Nadal*, t. I, p. 355. Merece leerse toda la carta, en que refiere los percances de su viaje.

(2) *Idem, Ibid.*

(3) *Ibid.*, t. II, p. 67.

(4) Véanse estos casos en Alcázar, *Cronohistoria de la Prov. de Toledo*, t. II, p. 5.

buena» (1). Procuró el Visitador demostrar á Marquina la inconveniencia de algunas condiciones que ponía, y, sobre todo, esforzóse en persuadirle que diese al colegio la renta por vía de limosna piadosa y no de salario, porque repugnaba á nuestro instituto el ejercitar los ministerios espirituales por dinero. Trabajo costó hacer entender estas cosas al canónigo; pero al fin, después de largos debates, allanóse á casi todo lo que le pidió el P. Nadal. Preparado así el negocio, remitiólo el Visitador al P. General, para que éste lo examinase y concluyese (2).

El otro asunto de Cuenca tenía también sus dificultades. Entre los encargos que se hicieron á Nadal desde Roma, fué uno éste: «Muchos se quejan de allá de Castilla de lo que se entremete el buen Dr. Vergara en el gobierno de la Compañía, especialmente en el colegio de Alcalá.... Holgaría nuestro Padre, que con suavidad y dexteridad se quitase este yugo» (3). El Dr. Vergara vivía habitualmente en el colegio de Cuenca, con licencia de San Francisco de Borja, y tenía un Hermano coadjutor para cocinero y criado, por concesión del P. Araoz. Véase lo que con él trató el P. Nadal: «Al Dr. Vergara hablé muy largo en Cuenca. Toquéle de que esté en casa de la Compañía....., y más le toqué, cómo tiene un Hermano de la Compañía por cocinero y para otros servicios de su casa.... Alteróse tanto que le hablase desto (aunque se lo dije muy moderadamente y diciendo que no quería en ello determinar ninguna cosa), que hizo extremos, hasta decir que dejaría canonicato y toda cosa, y se iría á la hermita, y que no bastaría la Compañía con cuantas cuerdas podía tener, á sacarle de allí, y cosas semejantes. Recuperóse confirmandole yo, que no pensaba en ello mover cosa alguna, y que después sería tiempo de ver lo que á él mismo parecería ser mejor para ejemplo de todos. Díjome que escribiría á V. P., y al punto que me partía, me rogó que yo intercediese por él con V. P. Los Padres y Hermanos que están en aquel colegio están descontentísimos, y el Hermano que le es cocinero, tentado; aunque por ahora, de unos ni de otros no hay peligro» (4).

Tratóle después el P. Nadal del colegio de Alcalá, y el Dr. Vergara insistió en que le conservasen tres cosas que le habían conce-

(1) *Epist. P. Nadal*, t. 1, p. 394.

(2) Véanse sobre este negocio las dos cartas que escribió el P. Nadal. (*Epist. P. Nadal*, t. 1, pp. 381 y 394.)

(3) *Ibid.*, p. 388.

(4) *Ibid.*, p. 399.

dido, y eran: que sin su consentimiento ni se admitiesen nuevos sujetos en el colegio, ni se sacasen á otras casas los que ya existían, ni se construyese nada nuevo en el edificio. «Está tan mal avezado este doctor, dice el P. Nadal, á querer gobernar á su modo la Compañía, y de mucho tiempo, que es menester con mucha destreza tornarle á donde deseamos, y débesele todo respeto, por el amor que á ella tiene y zelo, y por lo que la ha ayudado y ayuda» (1). Viendo la materia tan mal dispuesta, no quiso ejecutar nada por entonces el P. Visitador. Contentóse con dejar ordenado que en la primera ocasión quitasen á Vergara el cocinero, y fuesen insensiblemente haciendo las cosas en el colegio de Alcalá sin contar con él.

4. Volvióse, pues, á Alcalá, donde recibió la contestación del P. Francisco, y se resolvió ir á buscarle en Portugal. Antes de emprender el camino fué á verse con Felipe II, para entregarle las cartas del Papa, informarle de la visita que iba á hacer, y prevenir su Real ánimo para los peligros que pudieran ocurrir. Lo que habló con el Rey nos lo cuenta él mismo en carta que escribió el día siguiente al P. General.

«Hube grata audiencia, y díjele [al Rey] en suma, que era enviado en este ministerio, por ser ocupado V. P. de Su Santidad en cosas de mucha importancia, y que habiendo de dar cuenta de mi venida á Su Santidad, me había mandado dar el breve que á Su Majestad dí con la carta de V. P. y de su parte y de toda la Compañía la obediencia y sujeción debida, diciendo que todos éramos muy de veras aficionados á servir y ayudar á Su Majestad en todas las cosas de nuestros ministerios, sacrificios, etc., lo que siempre hacíamos por muchas otras causas, y *nominatim*, por estar Su Majestad en lugar tan alto y de donde pende casi toda la salud da la cristiandad. 2.º Por el afección que dende su niñez le tuvo nuestro P. Mtro. Ignacio, en la cual nos ha criado á todos, y también por las mercedes que la Compañía había recibido de Su Majestad, pidiendo que con su beneplácito pudiese hacer yo esta visita en sus reinos, y suplicándole que se sirviese de nosotros en nuestros ministerios y humildad. En lo demás, que no me ocurría cosa que suplicar á Su Majestad, mas ocurriendo, teníamos confianza que Su Majestad nos haría toda merced. Padre, esta fué la sustancia: embaracéme un poco, mas cierto que estos días me hallo la mitad más suelto de lo que pensaba con estos señores. Respondióme Su Majestad muy humanamente, mos-

(1) *Ibid.*, p. 400.

trando tener placer de verme y amor á la Compañía, y dijo que leería el breve y la carta, y que holgaría de hacernos todo placer, que si alguna cosa me ocurriese, que hablase á Rui Gómez, y que él de muy buena gana la haría, y esta última palabra ha sido muy estimada por acá» (1).

Visitó, además, el P. Nadal á varios magnates, principalmente al Conde de Feria y á Rui Gómez de Silva, á los cuales encontró bien dispuestos con la Compañía, pero demasiado afectos á la persona del P. Araoz. Visitó también á Fernando Valdés, supremo inquisidor, quien, hablando con Nadal, desahogó su cólera contra Carranza (2). Finalmente, pudo el Visitador hablar despacio con la princesa doña Juana.

Mientras hacía estas diligencias, en las cuales le servía y tal vez acompañaba el P. Araoz, advirtió Nadal que éste no obraba con la rectitud debida y que ocultaba en su corazón alguna grave pesadumbre. Mostraba no recibir bien la visita del P. Nadal, no se franqueaba del todo con él, y en los pasos que daba para auxiliarle procedía con mucha tibieza y repugnancia. Bien previó el Visitador el peligro que de aquí podía resultar para la Compañía. Un hombre colocado muy alto, que por una parte no está bien unido con los superiores, y por otra tiene amigos tan poderosos en la corte, siempre será un grave riesgo para cualquier Orden religiosa. Entonces concibió Nadal el ingenioso pensamiento, que ojalá se hubiera realizado, de quitar todo oficio y superioridad al P. Araoz, para hacerle de este modo más inofensivo y menos peligroso á la Compañía. Había trazado Nadal, según dice el P. Gil González Dávila, hacer la visita en toda España, y al fin de ella, cuando se hubiese de dividir en dos la provincia de Castilla, reunir á los principales Padres en Burgos, nombrar allí Provinciales nuevos, quitando el oficio al P. Araoz, y hecho esto, meterse en seguida en Francia, antes que el Rey ni Rui Gómez pudieran estorbar lo hecho (3). Todo esto se trastornó completamente, como luego veremos.

(1) *Epist. P. Nadal*, t. I, p. 424.

(2) *Egit mecum de Toletano: dixit non solum damnari ejus Catechismum, sed in eo haereses.* (*Ibid.*, t. II, p. 69.)

(3) Todas estas noticias las da el P. Gil González Dávila, que acompañó á Nadal por algún tiempo en 1562. Fué este Padre, como luego veremos, uno de los hombres más eminentes en el gobierno que ha tenido la Compañía. Estas noticias las escribió en un discurso que redactó años después, sobre los inconvenientes de haber Comisario en España.

5. El 20 de Marzo salió de Toledo el P. Nadal, pasó rápidamente por Ávila y Salamanca, y el 6 de Abril abrazaba en Oporto á San Francisco de Borja. Habiendo conferido ambos largamente sobre el estado de la Compañía y sobre el negocio particular del mismo Borja, como lo expusimos en el capítulo pasado, resolvió el P. Nadal dar principio formalmente á la visita, pues hasta entonces no había hecho sino resolver incidentalmente varios negocios particulares en los colegios por donde pasaba. Esta visita, la más célebre que se ha hecho en la Compañía, empezó por el colegio de Monterrey, en Galicia, el 26 de Abril de 1561 (1).

He aquí cómo cuenta el mismo Visitador lo ejecutado en este colegio: «Aquí he visto y ordenado todo lo que ocurría en todas las partes del colegio y ministerios de él. He examinado á todos por examen general en cosas manifiestas, á que cada uno de su mano responde; y por otro que contiene cosas que no son de confesión, mas es decente demandarlas en secreto y tenerlas cuanto conviene. He confesado á todos desde la última particular confesión y tomado cuenta de sus conciencias, en suma, interrogando en qué pecados han caído antes de entrar en la Compañía, y á cuáles son inclinados, y cómo se han aprovechado en la Compañía. Han renovado los votos todos, sino el rector que es profeso. Helos visto predicar á todos y leer *etiam* al ministro, que es buen artista [filósofo], una lección de artes en refectorio. Han predicado dos de ellos al pueblo, hanse enmendado los libros de casa y de los escolares, he visto leer en sus clases á todos los maestros y *privatim etiam* al P. Rengifo (2), el cual ha presidido á un acto de teología, en el cual argumentó el doctor Orozco, que está cerca de aquí y nos vino á ver, sabiendo que yo era venido. Hízose muy bien» (3).

Aquí en Monterrey vióse con el P. Nadal el P. Bartolomé de Bustamante, Provincial de Andalucía. Existía un conflicto regular entre este buen Padre y los principales sujetos de la provincia, quienes le acusaban de gobernar la Compañía, no según nuestro instituto, sino según el espíritu y costumbres de otras religiones, que Bustamante interpretaba y acomodaba á su manera. No pudiendo resolver esta duda, y probablemente no queriendo ceder á las observaciones de

(1) *Epist. P. Nadal*, t. I, p. 801. P. Valderrábano, rector de Monterrey, al P. Láinez. Monterrey, 7 de Mayo de 1561.

(2) El P. Blas Rengifo, distinto del otro Rengifo, conocido por su *Arte poética*.

(3) *Epist. P. Nadal*, t. I, p. 456.